

TEATRO QUIMÉRICO

CAPILLA ALFONSO

## DOS ILUSTRES LUNATICOS

ó

### LA DIVERGENCIA UNIVERSAL

#### DRAMATIS PERSONAE:

*H. (desconocido, al parecer escandinavo).*

*Q. (desconocido, al parecer español).*

Andén desierto de una estación de ferrocarril, á las once de la noche. Luna llena al exterior. Silencio completo. Luz roja de semáforo á lo lejos. Bagajes confusamente amontonados por los rincones.

*H.* es un rubio bajo y lampiño, tirando á obeso, pero singularmente distinguido. Viste un desgarrado traje negro y sus zapatos de charol chillan mucho. Lleva un junco de puño orfebrado que hace jugar vertiginosamente entre los dedos. Fuma cigarrillos turcos que enciende uno sobre otro. Un tic le frunce á cada instante la comisura izquierda del labio y el ojo del mismo lado. Tiene las manos muy blancas; no da tres pasos sin mirarse las uñas. Camina lanzando miradas furtivas á los bagajes. De cuando en cuando vuélvese bruscamente, lanza un chillido de rata á la vacía penumbra, como si hubiese alguien allí; después prosigue su marcha haciendo un nuevo molinete con el bastón.

*Q.* gallardea un talante alto y enjuto; una cara aguileña, puro hueso; hay en él algo á la vez de mi-

litar y de universitario. Su traje gris le sienta mal; es casi ridículo, pero no vulgar ni descuidado. Trátase á todas luces de una altiva miseria que se respeta. Este hace el efecto de la reserva leal, tanto como el otro causa una impresión de charlatán sospechoso. Van uno al lado del otro; pero se advierte que no conversan sino para matar el tiempo. Cuando llegue el tren, no tomarán el mismo coche. Tampoco se han visto nunca. *Q.* sabe que su interlocutor se llama *H.* porque al llegar traía en la mano una maleta con esta inicial. *H.* ha visto, por su parte, que el otro tiene su pañuelo marcado con una *Q.*

ESCENA PRIMERA

*H.*—Parece que hay huelga general y que el servicio está enteramente interrumpido. No correrá un solo tren durante toda la semana.

*Q.*—Locura es, entonces, haber venido.

*H.*—Más locos son los obreros que se declararon en huelga. Los pobres diablos no saben historia. Ignoran que la primera huelga general fué la retirada del pueblo romano al Monte Aventino.

*Q.*—Los obreros hacen bien en luchar por el triunfo de la justicia. Dos ó tres mil años no son tiempo excesivo para conquistar tanto bien. Hércules llegó al confín de la Tierra, buscando el Jardín de las Hespérides. Una montaña le estorbaba el paso, y poniendo sus manos en dos cerros, la abrió, dando entrada al mar, como se abre, trozándola por los cuernos, la cabeza cocida de un carnero.

*H.*—Bello lenguaje; pero no ignoráis que Hércules fué un personaje fabuloso.

*Q.*—Para los espíritus menguados, fué siempre fábula el ideal.

*H.* (*volviéndose bruscamente y saludando con su junquillo la sombra*).—No sé si lo decís por mí, pero os advierto que no acostumbro comer carnero con los dedos. Vuestra metáfora me resulta un tanto brusca.

*Q.*—Aunque no me es desconocido el juego del tenedor en las mesas de los reyes, he gustado con más frecuencia la colación del pobre. Desde la baya del eremita al pan del trabajador, duro é ingrato como la gleba, mi paladar conoce bien el sabor de las Cuaresmas.

*H.*—Os aseguro que tenéis mal gusto. Por mi parte, compadezco al desdichado, ciertamente. Quiero la igualdad, pero en la higiene, en la cultura y en el bienestar: la igualdad hacia arriba. Mientras ello resulte un imposible, me quedo en mi superioridad. ¿Para qué necesitamos nuevas cruces, si un solo Cristo asumió todas las culpas del género humano?

*Q.*—Es condición de la virtud indignarse ante la iniquidad, y correr á impedir la ó castigarla, sin reparar en lo que ha de sobrevenir. ¡Pobre de la justicia vilipendiada, si su socorro dependiera de un razonamiento irreprochable ó del desarrollo de un teorema! En cuanto á mí, no deseo ni la igualdad, ni nuevas leyes, ni mejores filosofías. Solamente no puede ver padecer al débil. Mi corazón se subleva y pongo sin tasa al

rescate de su felicidad, mi dolor y mi peligro. Poco importa que esto sea con la ley ó contra la ley. La justicia es, con frecuencia, víctima de las leyes. Tampoco sabría detenerme ante el mismo absurdo. Pero cada monstruo que me abortara en fantasmagoría, cada empresa vana que consumiera mi esfuerzo, fueran á la vez incentivos para empeñarme contra la amarga realidad. ¿Por qué halláis mal que luchen á costa de su hambre estos trabajadores? ¿No es el hambre un precio de ideal como la sangre y como el llanto?

H.—Poseéis una elocuencia prestigiosa que me habría arrebatado á los veinte años, cuando creía en los pájaros y en las doncellas.

Q.—Os estimaría que no dierais alcance despectivo á vuestras palabras sobre las doncellas y los pájaros.

H.—De ningún modo. Los pájaros tienen el mismo paso (*da una corridita ornitológica sobre las puntas de los pies*) que las doncellas; y las doncellas tienen tanto seso como los pájaros. Pero vuelvo á nuestro tema. Los obreros nada lograrán con la violencia. Os advierto, entre paréntesis, que no soy propietario. Los obreros deben conformarse con las leyes: aprovechar sus franquicias, elegir sus diputados, apoderarse del Parlamento, cometer algunas extravagancias para despistar á los ricos, como volverse ministros, por ejemplo, y después apretarles—crac—el tragadero... si es que no prefieren tornarse ricos á su vez. Es un sistema.

Q.—Un sistema abominable. Parecéisme, á la verdad, un tanto socialista.

H.—No lo niego; pero á mi vez os he notado un poco anarquista.

Q.—No os ocultaré mis preferencias en tal sentido. Amé siempre al paladín; y no sé por qué anhelo de justicia desatentada, por qué anormal corage de combatir uno solo contra huestes enteras, por qué sombría generosidad de muerte inevitable, en la misma obra de la vida que otros gozarán mejor, sin perjuicio de seguir llamando crimen á la benéfica crueldad,—hallo semejanzas profundas entre los caballeros de la espada y los de la bomba. Los grandes justicieros que asumen en sí mismos el duro lote del porvenir humano, son como esas abejas de otoño que amontonan á golpes de aguijón la comida futura de una prole que no han de ver. Matan para el bien de la vida que sienten germinar en su muerte próxima, arañas y larvas: como quien dice tiranos é inútiles, quizá inocentes, siempre detestables. Ellas carecen, entretanto, de boca; no pueden gustar siquiera una gota de miel. Sus únicos atributos son el amor y el aguijón. Su obra de porvenir finca en la muerte, que al fin es el único camino de la inmortalidad.

H.—¿Sois espiritualista?

Q.—En efecto; ¿y vos?

H.—Materialista. Dejé de creer en el alma, cuando me volví incrédulo del amor. (*Estremécese con violencia*).

Q.—¿Tenéis frío?

H.—No, precisamente. Es una preocupación absurda, si queréis, y me la causa aquel cofre antiguo. A la ida me parece un elefante, y á la vuelta una ballena.

Q.—(aparte). Esta frase no me es desconocida (alto). Es mi cofre de viaje. Su color y su forma, tienen, en efecto, algo de paquidermo.

H.—Hay cofres escandinavos que parecen cétaeos. (Vuelve á estremecerse). Es singular, cómo preocupan estas cosas. Estas cosas que uno adquiere en el comercio con los espectros. Notaréis que á veces, cuando voy á pronunciar tal ó cual palabra, el ojo izquierdo se me mete por equivocación debajo de la nariz. Es una curiosa discordancia. El sonido de la *erre* me hace vibrar las uñas. ¿Sabéis por qué chillan tanto mis zapatos?

Q.—No, por cierto.

H.—Es una moda húngara. La he adoptado para acordarme siempre de que debo poner los pies en el mismo medio de las baldosas, sin pisar jamás sus junturas. Manía que tiene, naturalmente, su nombre psicológico.

(Oyese á lo lejos el rebuzno de un asno).

¡ Ah, el maldito jumento lunático ! Creo que le arrancaríá las orejas con gran placer, á pesar de su bondad específica.

Q.—Yo amo á los asnos. Son pacientes y fieles. Su rebuzno distante, en las noches claras, está lleno de poesía. Uno conocí, que, por cierto valía el del Evangelio.

H.—¿ Cabalgasteis en asno ?

Q.—Oh, no. Quien lo hacía era un criado que tuve. Hombre excelente, pero erizado de adagios como un puerco espín de puas.

H.—Yo nunca tuve un criado fiel, ni creo que los haya. Criada, sí, hay una ; pero es invisible : la Perfidia.

Q.—Diréis, más bien, fiera abominable.

H.—« Perfidia » es el nombre de la voluptuosidad que produce el crimen.

(Cogiendo amistosamente el brazo de su interlocutor).

Hablabais de la bomba. La bomba es necia. Pregona su crimen como una mujercuela borracha. No es así como debe procederse.

Un día descubríis que os han torcido brutal é irremediamente la vida. Sentís que la sangre se os cuaja de fatalidad, como se escarcha un pantano. No os queda ya más placer posible que la venganza. Ensayad, entonces, la demencia. Es el mejor salvo-conducto. El loco lleva consigo la ausencia. Al desalojarle la razón, entra á habitarle el olvido.

(Girando con rapidez y parando en cuarta un golpe imaginario).

No será malo que procuréis hablar con algún espectro. Frecuentad las sesiones espiritistas ; es hermoso y compatible con el materialismo. Os quedará la manía de silbar vivamente cuando vayáis de noche por sitios solitarios, y cierto frío intermitente en la espina dorsal. Pero los espectros dan buenos consejos. Conocen la filosofía de la vida. Hablan como los parientes fallecidos.

Poco á poco os vais sintiendo un tanto contradictorio. Cometeis extravagancias por el placer de cometerlas. Ya habéis visto lo que me pasa. Mis zapatos chillones y mis molinetes, son estúpidos; pero muy agradables. Son también imperativos categóricos; formas de razonar un tanto diversas. Pero el imperio de la razón es tan efectivo en ellas como en la lógica de Aristóteles.

Luego, os entra el fastidio de todo lo que ama y de todo lo que vive. Una individualidad estu-penda se desarrolla en vuestro ser. Habéis comenzado rompiendo espejos ó manchando tapi-ces con los pies llenos de lodo. Luego matáis fríamente de un pistolétazo en la oreja á vuestra yegua favorita. Luego queréis algo mejor. Ya estáis á punto. Causáis, entonces, algún mal irre-parable á vuestra madre ó á vuestra mujer.

Q.—¡ Caballero !

H.—¡ Eh, qué diablos ! Dejadme concluir. Habéis de saber que yo he amado. Amé á una muchacha rubia y poética; una especie de celes-tial aguamarina. Dábale por el canto y por la costura; no desdeñaba los deportes; pedaleaba gallardamente en bicicleta. A la verdad, era un tanto insípida, como la perdiz sin escabeche. Pero yo la quería con una pureza tan grande, que me helaba las manos. Gustábame pasar lar-gas horas, recostada la cara en sus rodillas, mi-rando el horizonte que entonces queda á nivel con nuestras pupilas. Ella doblaba gentilmente la cabeza con una domesticidad de prima que

aun no sabe. Tenía la barbilla imperiosa; los ojos llenos de un azul juvenil é ignorante, cuando se los miraba bien abiertos; pero habitualmente entornábalos soñador desdén. La nariz, con un ligerísimo respingo. La boca un tanto grande, pero todavía sin el más ligero desborde de ese carmín virginal que mancha los labios sabedores del amor, como el vino á una copa en que se ha bebido. Eran, quizá, un poco altos y flacos sus pómulos. Peinábase muy bien, con sólo dos ondas irregulares y flojas de su rubio cabello. Llevaba siempre descubierta la nuca, exagerando su desnudez con una inclinación de lectura. Esta era toda su coquetería. No se distinguían sus senos bajo la blusa. Sus manos y sus pies eran más bien largos. La falda «trotteu-se» dejaba adivinar sus piernas delgadas y alti-vas de nadadora. Pues la natación constituía su encanto. La natación con peligro de la vida. Pro-hibiéronselo en vano. Iba al río con pretexto de coger violetas y ortigas para adornar su sombre-ro de sol.

Dejé de amarla cuando descubrí que pertene-cía á la infame raza de las mujeres. No sé bien si murió ó si se metió monja. Para ambas cosas te-nía vocación. ¡ Adiós, para siempre, novia mía ! (arrojando de un papirotazo su cigarrillo hasta el techo). ¿ Pero no advertís, caballero, que ha-blamos un idioma desusado, con pronombres so-lemnes, como si fuéramos hombres de otros tiempos?...

Q.—No sabría yo hablar de otro modo, bien

que comprenda lo pretérito de este lenguaje; mas úrgeme refutar vuestros errores respecto de la mujer. Téngola yo por corona de los días laboriosos que uno vive en la inclemencia del destino; sus vestidos son follaje de palmera en toda peregrinación; en toda ardua empresa, su amor es el jardín de la llegada. Si esposa, es fuente tranquila donde os miráis al beber, y cuya agua está eternamente al nivel de vuestra boca. Si doncella, es íntegra llama donde pueden encenderse cuantas otras queráis, sin que por esto se aminore.

También yo amé y amo á una beldad por todo concepto extraordinaria. Baste deciros que un solo aliento de su boca haría florecer en pleno invierno todos los rosales de Trebizonda. Si la mar no tuviera color, entrara ella para bañarse en la mar, y volviérase ésta azul por duplicarse en firmamento para tal estrella. Su alma tiene la claridad del cristal en su pureza; el timbre en su fidelidad; el brillo en su inteligencia; la delicadeza en su sensibilidad; la naturaleza ígnea en su ternura; la apariencia de hielo en su discreción. Y no cristal como quiera, sino vaso veneciano que habría conquistado á fuerza de armas, para un altar, el Emperador de Constantinopla.

H.—Si yo conociera una mujer así, es probable que también amara.

Q.—(*irguiéndose con jactancia.*) ¿Creéis que yo la conozca ó haya conocido? Si la amo, es

porque nunca ojo mortal profanó su increíble hermosura.

H.—(*sofocando una buchada de risa.*) Os felicito, caballero. He ahí un modo de entender el amor, que no estaba en mis libros. Mi filosofía respecto á las tórtolas, es, ahora, la de un gato goloso. Dejarlas volar ó comerlas. (*Mira de pronto al cielo, y notando que la luna está ya visible de aquel lado, hace una mueca desagradable.*) Ahí tenéis á la luna, el astro de los amantes líricos. ¡La luna! ¡Qué inmensa bobería! Cada uno de sus cuartos me produce una jaqueca (*increpándola*). ¡Eh, imbécil solterona, bolsa de hiel, ripio clásico, ladradero de canes, hostia de botica, cara de feto! (*Apretándose las sienes.*) ¡Uf, qué dolorazo de cabeza!

Q.—Mi alma se llena de poesía con la luna, como el agua de una alberca que fué sombría entre abetos. A ella debo mis más ilustres inspiraciones. Años llevo de contemplarla, siempre propicia á mi amor. Para mí representa la lámpara de la fidelidad.

H.—Hembra es, y como tal, bribona sin remedio.

Q.—(*poniéndose muy grave.*) Caballero, la luna me filtra en el cerebro fermento de mil hazañas. Vuestros propósitos sobre la mujer, son ciertamente intolerables; y no más que por reducirlos á la decisión de las armas, os digo que tomo á la luna por doncella desamparada y que no permitiré á su respecto ninguna insolencia.

H.—(*encogiéndose con un tiritamiento enfer-*

mizo.) No desconoceréis, caballero, que os he tolerado á mi vez muchas impertinencias. La medida está colmada. La luna es una calabaza vacía y nada más. Sé bien que, quien escupe al cielo, cáele la saliva en la cara. Pero tengo la boca llena como un mamón que echa los dientes, y veo allá un cartel que dice: «Es prohibido escupir en el suelo.» (¡Qué gramática!) Así, pues, oh luna, buena pieza, toma (*escupe hacia la luna*), toma (*escupe nuevamente*), toma (*escupe por tercera vez.*)

Q.—(*sacando su tarjeta.*)—Mis señas, caballero.

H.—(*haciendo lo propio.*)—Caballero, las mías.

Q.—(*mirando la cartulina con asombro.*) ¡El Príncipe Hamlet!

H.—(*leyendo con interés.*) ¡Alonso Quijano!

#### ESCENA II

*Don Quijote alzando los ojos hacia su interlocutor, advierte que ha desaparecido.*

*Hamlet, buscando con una mirada á don Quijote, nota que ya no está.*

*El lector se da cuenta, á su vez, de que don Quijote y Hamlet han desaparecido.*

## LA COPA INHALLABLE

### ÉGLOGA

#### DRAMATIS PERSONAE:

*Anfiloquio*, 20 años, escultor.

*Agenor*, 60 años, dueño de casa.

*Dairos*, 15 años, cabrero y sobrino de Agenor.

*Iole*, 17 años

*Nais*, 18 años

} hijas de Agenor.

#### ACTO UNICO

##### ESCENA I

*Cabaña griega al pie de un monte en Arcadia. Siesta declinante. A lo lejos, entre la arboleda, vese rielar el agua de un río. Bajo una higuera que sombrea el patio, Agenor conversa con Anfiloquio, que acaba de llegar, teniendo aún á los pies su zurrón de viaje. Iole y Nais, tejen á la sombra de la choza, bastante lejos. Oyese á ratos en el monte los balidos del rebaño y el son irregular de la esquila.*

.....

*Anfiloquio (señalando la montaña)*

La montaña, por cierto, no me es desconocida,  
Pues en su otra vertiente casi dejé la vida  
Ayer mismo en las garras de un oso.

*Agenor.*— La montaña  
En libertad mantiene sus fieras, pues la entraña  
De su bosque de pinos, compone un tabernáculo  
Donde entre sombra y musgo pronostica un oráculo  
De Pan.

*Anfiloquio.*—

Quizá sus yambos me indiquen un remoto  
Modelo, que persigo para cumplir un voto  
A Diana; bien que Diana, con su pudor esquivo,  
Menosprecie los tropos del numen pie de chivo.  
Pero atiéndeme, oh huésped, ¿los arcanos del numen  
Son propicios? ¿Sus méritos en la verdad resumen?

*Agenor.*—

A veces encapríchase en desigual letargo;  
Otras, confunde y traba con un misterio amargo  
Lo que habla. Hoy mismo debe cumplirse en mi familia  
Uno que, á mil angustias, el misterio concilia.

*Anfiloquio.*—

¿Un oráculo infausto?

*Agenor.*—

No lo sé bien. Escucha.  
El pavor, en mi espíritu, con la esperanza lucha.  
Mas, puesto que hoy termina la oracular sentencia,  
Los dioses te autorizan á oír mi confidencia.

Hace de esto quince años, que cumplirán mañana.  
Al mediar la clepsidra, perdí mi única hermana,  
Viuda de seis meses apenas, y una niña  
Fué la causa y el fruto de su muerte. Mi viña  
No me rindió ese otoño sino una flaca odre,  
Y diezmaron mi huerto la sequía y la podre.  
Tanta desgracia hizo que acudiera en consulta  
Ante el gran Pan; mas como no era mi mente oculta  
Asegurarme sólo de la huerta ó del vino,  
Purifiqué mis labios y pregunté el destino  
De la huérfana, el nombre que llevaría y hasta  
Un conjuro si le era la predicción nefasta.  
Bien lo valió mi ofrenda de miel y leche gorda.

A mis cuerdas razones la deidad no fué sorda.  
Ordenó, en cuanto al nombre, conforme á mi pregunta,

Que se llamase Daira, cual la madre difunta.  
Pero que la dijésemos Dairo, y hasta el renuevo  
De sus quince años, fuese vestida de mancebo;  
Pues era su destino que, en extrañas escenas,  
Causara, á los tres lustros, una dicha y dos penas.

*(El sol comienza á declinar. Chirrían á lo lejos algunas cigarras).*

Con mi honorable esposa cumplimos el engaño.  
(A ella una dulce muerte la visitó hace un año)  
Mis dos hijas (*señalando á Nais y á Iole*)  
entonces en su más tierna infancia,  
Han pasado al respecto su vida en la ignorancia,  
Viendo y amando á Dairo con corazón ligero.

*(Suenan en el monte compases de flauta. Iole y Nais alzan la cabeza para oírlos).*

Justamente se escucha su flauta de cabrero.

Sin duda que el oráculo fué eficaz; pues ahora  
Cuando los cielos abra la venidera aurora,  
Daira se verá libre del destino tremendo  
Y tornará á sus gracias naturales, habiendo  
Cumplido sin sospechas y en paz, su tercer lustro.

*(Suenan otra vez en el monte la flauta de Dairo. El sol está casi en el horizonte. Iole y Nais, abandonando el telar, se dirigen hacia los interlocutores).*

*Nais.*—

Padre, las abubillas volvieron ya al ligustro.  
De sombras violetas se va listando el césped.  
Permite que las dulces palabras de tu huésped  
Interrumpamos, para recordarte que apenas  
Cierra la noche, el soto se puebla de sirenas,  
Cuyo horror desampara más el cauce sombrío.

Debemos con las ánforas ir por agua hasta el río.  
Un aura propia enciende la leña en la cocina...

*Agenor.*—

Verdad. Ya su crepúsculo rebuzna la pollina.  
Dejan sus amapolas los zánganos. La berza  
Y el apio, en la hortaliza, perfuman con más fuerza.

*Anfiloquio.*—

Más nevado que nunca se estremece el almendro.

*Iole.*—

Mi rana entre los lirios canta ya...

*(Nais pellizca á Iole correccionalmente, obligándola á callar).*

*Anfiloquio.*—

Como engendro  
De urania espuma, finge la nube un tibio gramo,  
Venus presa en red de oro ligero como el humo.  
Es la hora en que con claras hogueras de hojarasca  
Se anuncian los rediles. Pan su zampona masca,  
Royendo en los cañutos los abortados besos  
De la Siringa lírica; y con ritmos traviesos  
Disciplina los magros faunillos de su prole...

*(Suena otra vez la flauta en el monte).*

*Iole (titubeando hacia la derecha)*

Por aquí están las ánforas, Nais.

*Nais (dirigiéndose á la izquierda)*

Por aquí, Iole.

*(Vánse saltando cogidas de la mano).*

*Anfiloquio (con un vago suspiro y señalando á las jóvenes, que desaparecen)*

La tarde, como ellas, se ha puesto rubia y muelle.

*La voz de Nais.*—

Padre, si el viento merma, no te olvides del fuelle.

ESCENA II

*Agenor.*—

Pan te dará un oráculo propicio.

*Anfiloquio.*—

Mas yo temo  
Que á mi ambición no ceda su influjo. Un don supremo  
Busco infructuosamente para el voto que anuda  
Con lazo inquebrantable mi pubertad aún muda.  
Correspondiendo al noble favor de tu secreto,  
Te diré con sencillas razones el objeto  
Que me extravió por este montañés laberinto.

Mi padre es Molion, rico mercader de Corinto.  
Mas yo soy de un talento comercial muy mediocre.  
De pequeño, vagaba con un pedazo de ocre  
En la mano, cubriendo de adornos y bizarros  
Monigotes los muros; ó en eventuales barro  
Que un amable alfarero botaba de su torno,  
Pulía mis Tanagras, aún indignas del horno.  
Y así fué como me hice escultor.

Mi severo

Padre, al saber mi oficio se irritó mucho; pero  
Conociendo su culto por los dioses, mi angustia  
Conjuró con un voto su grima torva y mustia.  
Y fué que no oblaría mi primer sacrificio  
De amor, sin haber hecho para el sacro servicio

De Diana, la más bella copa que un cincel griego  
Haya hasta hoy esculpido en alabastro.

Luego

Busqué, naturalmente, los temas de mi obra.  
Pero todos estaban usados ya de sobra.  
El rhyton y el eskifos son vulgares. Yo busco  
Algo á la vez distante de lo griego y lo etrusco  
Que está de moda. Un tema cuya expresión reúna  
La gracia de la virgen al blancor de la luna.

La castidad, en tanto, se me subleva en fiebre.  
Como jóvenes potros relinchando al pesebre,  
Mis veinte años reclaman su pasto de doncellas.  
Veo dulces pupilas temblar en las estrellas.  
El aura inicia besos con su lánguido soplo.  
En juegos enervantes mis tórtolas acoplo.  
Y ante las burdas mozas del lagar ó el cortijo,  
En palidez tremante mi vértigo cobijo.  
Hasta en el mismo templo, mis pupilas glotonas  
Se van tras las augustas piernas de las matronas.  
Mas la hora, por fin libre, para mi amor no llega.  
Por esto desertando tan enervante brega,  
Me acogí á las campañas, en busca del modelo  
Que hasta hoy no pueden darme ni la tierra ni el cielo.  
Ola, nube ó collado; nido, redondo fruto,  
Denme la única curva para ese cruel tributo  
Que me consagra á una árida virtud como un trofeo.  
*Agenor.*—

Pan con exactas voces saciará tu deseo.  
A estas cuitas, sus yambos jamás quedaron mudos.  
Para el amor, potentes son sus muslos velludos.  
Su sardónico labio que la zampoña aguza,  
Sonríe á los deseos con juvenil gazuza.  
El pelo de mis cabras á él debe su buen lustre.  
Y el anual multiplicio no hay miedo que se frustre  
Con él.

Mañana haremos las ofrendas rituales.  
En mi colmena lloran desde ayer los panales.

(Ambos se dirigen á la casa).

ESCENA III

*Un claro de bosque entre juncos á la orilla del río.  
En el fondo, á la derecha, una especie de glorieta rústica  
cuyo fondo no puede verse desde la izquierda. Allí  
reposan sobre el musgo, al pie de una encina, Nais,  
Iole, y Dairos entre las dos hermanas. Detrás de ellos,  
tiñese progresivamente de rosa el cielo de la tarde.  
Nais (jugando con un bucle del pastor)*

Yo estaba muy inquieta con tu ausencia; ¡ los lobos  
Han cometido este año tantos sangrientos robos!  
Tu negligencia, Dairos, es de tal modo incauta,  
Que puedes atraerlos con el son de tu flauta.  
Apacentar las cabras en el monte es gran riesgo.  
Así cuando ya el rayo del sol se pone sesgo,  
Y los cabritos balan con infantil porfía,  
Empalidece junto con el sol mi alegría,  
Al par que con la luna se agranda mi tristeza.  
Mi padre no valora, por cierto, tu proeza  
Cuando te expone, á mérito de costumbres avaras  
Y antiguas; mas yo tengo para él razones claras,  
Y pronto he de pedirle que, por más desahogo,  
En vez de pastor, ponga frente al rebaño un dogo,  
O que un mancebo tracio para el monte asalarie.

(mirando á Dairos con ternura).

Sólo al pensar que un día, con horrible barbarie,  
Puede tronchar un oso tu cuello dulce y blanco,